

15 M: una revolución de personas¹

Cada acontecimiento político verdadero crea su lenguaje. Para no ser nombrado ni narrado por otros, inventa sus nombres propios. Elabora un léxico de términos que designan las nuevas prácticas y valores que lo fundan. También el 15 M tiene su propio diccionario: horizontalidad, consenso, respeto, inteligencia colectiva, inclusividad, despertar, plaza tomada, #globalrevolution, no violencia... Estas palabras nombran lo que el movimiento 15 M ha inventado (o re-inventado) de más potente, las formas de hacer que le han permitido abrir una distancia decisiva y esperanzadora con respecto a los guetos de impotencia de la vieja política.

Hay otra palabra importante en el 15 M: *personas*. La palabra aparecía constantemente en los inicios del movimiento. Recuerdo a un chico muy joven con el megáfono en la mano proclamando a los cuatro vientos en medio de la Puerta del Sol: «los que hemos tomado la plaza no somos colectivos ni organizaciones, sólo personas». Recuerdo una discusión en la Comisión de Pensamiento de Sol sobre si debíamos llamarnos ciudadanos o personas. Y esa fue también la autodenominación que escogieron quienes redactaron uno de los primeros textos que lanzó públicamente el movimiento: «somos personas que hemos venido libre y voluntariamente».

Amador Fernández-Savater es editor de Acuarela Libros y ha participado activamente en diferentes movimientos colectivos y de base en Madrid

No se trata de una palabra habitual en un movimiento de transformación social. Más bien todo lo contrario. Políticamente no tiene mucho significado, incluso puede parecer una palabra sospechosa. ¿De dónde viene? ¿Qué realidades pretende nombrar? ¿Qué pretende incluir y qué deja fuera? ¿Qué problemas implica? Pensar qué significa una “revolución de personas” puede ser una buena manera de acercarse al 15 M.

En primer lugar, creo que el concepto de personas tiene que ver con la despolitización generalizada de las sociedades en las que vivimos. La políti-

¹ Este artículo se publica bajo la licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.5.

ca de los políticos está bajo un enorme descrédito, pero tampoco la izquierda extraparlamentaria o los movimientos sociales gozan de mucha más confianza. Esta despolitización no es un fenómeno puramente negativo. Es el paso previo y la condición necesaria para una nueva politización.

La tendencia profunda a la despolitización se ha visto acentuada en España durante las dos legislaturas del Gobierno socialista de Zapatero (a partir de marzo 2004). El movimiento «no a la guerra» de 2003 o la reacción popular contra las mentiras con las que el Partido Popular trató de instrumentalizar la masacre del 11 de marzo de 2004, se olvidaron pronto. Mucha gente repitió durante años que no había que criticar o manifestarse en ningún sentido que pudiera perjudicar al Gobierno socialista y favorecer de ese modo a la derecha (por ejemplo, cuando los hechos dramáticos en las vallas de Ceuta y Melilla en 2005). De ese modo las calles se vaciaron, pero la desafiliación política siguió su curso implacable.

En los primeros tres años de explosión *explícita* de la crisis, a partir de 2008, las protestas contra su gestión neoliberal por parte del Gobierno brillaron sorprendentemente por su ausencia. Nadie se explicaba por qué, aunque la pregunta estaba en todas las bocas. La huelga general convocada por los sindicatos mayoritarios en septiembre de 2010 fue un fiasco absoluto, incluyendo también casi todas las convocatorias alternativas. A pesar de que salió bastante gente a la calle, todos sentíamos que ahí no estaba pasando nada. Ninguna energía nueva, sólo más de lo mismo.

Y de pronto el 15 M. Las acampadas en las principales plazas de casi todas las ciudades españolas abren un espacio desde abajo que genera muchísima ilusión y esperanza entre gente muy distinta. El uso de la palabra *personas* se entiende en este contexto. Intuitivamente se escoge como *nombre propio* una palabra en principio vacía de color y peso político, pero que por ese mismo motivo podía cargarse de una potencia inédita. No somos más que personas significa «no hay nadie detrás», ninguna de las instancias de lo político desprestigiado. Indica un deseo de otro comienzo, de empezar por otro lugar completamente distinto, lejos de todos los callejones sin salida a los que ya sabemos que nos aboca la vieja política.

En segundo lugar, me parece que la palabra *persona* remite a una de las pocas dimensiones de la experiencia contemporánea que aún merecen nuestra confianza: lo personal.

El atractivo de la intimidad tiene que ver con el disfrute de los espacios donde el otro se nos muestra sincera y espontáneamente, de forma simple y directa, sin miedo al juicio. También las redes sociales son a su modo un espacio de intimidad (y de ahí seguramente parte de su éxito). La conexión se da uno-a-uno. El otro no se nos presenta como un ente abstracto o desencarnado, sino como una vida que comparte y comunica sus diferentes pla-

nos (aficiones, convicciones, preocupaciones, etc.). Pero aquí la cosa se complica un poco más (y se hace más interesante), porque la intimidad compartida en las redes sociales está a la vista de todos, las fronteras entre lo privado y lo público se desdibujan, la frontera nítida entre amigos y desconocidos se emborrona. La intimidad se hace pública. Por supuesto, tanto la intimidad “física” como las redes sociales están llenas de cálculos y estrategias, pero también perdura en ellas la huella de lo personal: auténtico, desinteresado, gratuito.

No somos más que personas significa «no hay nadie detrás»,
ninguna de las instancias de lo político desprestigiado.
Indica un deseo de otro comienzo, de empezar por
otro lugar completamente distinto

En otras movilizaciones masivas ya hemos visto funcionar la potencia de la conexión uno-a-uno: otorgo confianza al mensaje de móvil que me convoca a concentrarme el 13 de marzo de 2004 frente a las sedes del PP porque conozco personalmente a quien me lo manda; me atraen las manifestaciones del movimiento V de Vivienda (2006) porque las pancartas se las hace cada cual expresando sus problemas personales con la vivienda; me reconozco en su eslógan «no vas a tener casa en la puta vida» porque es exactamente lo yo pienso por dentro, etc.

El 15 M ha hecho suya también esa potencia de lo personal. La intimidad no sólo se hace pública, sino que además se materializa en las calles y los cuerpos. Todavía se me ponen los pelos de punta recordando algunas intervenciones de personas que relataban en asamblea cómo era una vida “dormida” y en qué había consistido su “despertar” el 15 M. Muy pocas veces he escuchado hablar así en un espacio político, el grado de exposición personal era casi desconocido para mí. No se escondía la vida detrás de las palabras. Era como si hubieran caído de pronto la vergüenza y el pudor que impiden poner en común lo más íntimo, las inclinaciones y preocupaciones más profundas de cada cual, es decir, *poli-tizarlas*.

También recuerdo que las intervenciones que más se aplaudían (con un gesto de las manos, en absoluto silencio) eran casi siempre las de la gente que se trababa un poco, que no ocultaba su nerviosismo, que tanteaba para encontrar *sus propias palabras*. Por el contrario, las aspas se levantaban enseguida contra los discursos muy hechos, demasiado automáticos, *muy poco personales*.

Solemos pensar lo personal diferenciado y contrapuesto a lo público y lo común. Pero no es en absoluto así: lo personal es lo más impersonal y lo que mejor circula porque es

creíble. Como en otros muchos momentos revolucionarios en la historia, en el 15M hemos (re)descubierto que lo tuyo es lo mío, lo que te pasa a ti también me pasa a mí y vaya sorpresa me he llevado cuando aquel desconocido ha dicho en la asamblea exactamente lo que pienso yo. Es como si el veneno del individualismo y su antídoto estuvieran localizados en la misma raíz ambivalente.

En tercer lugar, el discurso sobre las *personas* me recuerda la historia del cíclope Polifemo y Ulises. Polifemo le pregunta en determinado momento de la historia a Ulises su nombre y el héroe le responde astutamente: «mi nombre es nadie». Esa argucia permitirá finalmente huir a Ulises y sus compañeros, porque Polifemo ya herido en su único ojo será incapaz de obtener la ayuda de los otros cíclopes en su persecución: «ayudadme, nadie me ha atacado, ha sido nadie». Manifestar que «somos personas» me parece una manera de decirles a nuestros particulares cíclopes mediáticos y políticos: «somos nadie». Nadie, es decir, todos, es decir, cualquiera.

Es como si el veneno del individualismo y su antídoto estuvieran localizados en la misma raíz ambivalente

Me atrevería a afirmar que la alegría irresistible que estalló en Sol el 15 M era en parte la alegría de no ser, de dejar de ser lo que quieren que seamos, de ser uno cualquiera, de compartir lo común más allá de las etiquetas que nos separan, de estar junto a otros que no conozco y que no son como yo, pero confiando en que están aquí por lo mismo que yo. No es la primera vez que esa alegría irrumpe en la escena política-pública. Es cuando nadie nos re-presenta que podemos *hacernos presentes*, estar ahí en primera persona, con la vida al descubierto, haciendo y deshaciendo mundo por nosotros mismos, creando algo nuevo y no sólo repitiendo una identidad.

Las acampadas del 15 M fueron en primer lugar un espacio que se abría y ofrecía a cualquiera, por fuera de toda condición identitaria (clase o ideología). Lo importante era compartir un problema, no una identidad. He aquí un aspecto clave de la política que viene. Un problema puede tocar e interpelar a gente muy distinta, como un desahucio puede afectar a una persona religiosa o a un laico, a una persona de derechas o de izquierdas. Eso no importa. Porque no somos *estos* o los *otros*, sino cualquiera que quiera «democracia real ya» y no ser «mercancía en manos de políticos y banqueros», como dicen los eslóganes del movimiento.

Esta fuerza de anonimato, clave en las politizaciones contemporáneas, no es homogénea, informe o plana, sino que «está llena de colores, estilos, contrastes, movimientos. Es una anonimidad con muchos nombres de hacedores, que es sin embargo anonimidad por-

que ninguno de ellos resalta con un perfil protagonista» [Juan Gutiérrez]. Está hecha de singularidades que hablan en primera persona de «su» vida.

En todo caso, hay que decir que la elaboración común de la diferencia y el disenso fue un problema irresuelto en las acampadas y que desde luego aún está abierto. Por último, quizá no sea demasiado abuso relacionar el discurso de las personas con el concepto de humanidad. No como ideal abstracto, moral y regulador, sino como la mismísima condición que nos impone la actualidad. En la globalización, no hay afuera ni otros mundos posibles, sino que todos compartimos un solo mundo común. Estamos interconectados en una interdependencia global. Fukushima no es sólo un asunto privado de los japoneses. Como explica Marina Garcés, la realidad nos impone una política planetaria y la humanidad es hoy un hecho, no un ideal abstracto.

¿Cómo lo asumimos? Por un lado, los contextos locales y nacionales aún nos parecen espacios donde podemos intervenir, hacernos escuchar, modificarlos mediante la protesta o el voto. Por otro lado, sabemos que el margen de maniobra en esos contextos para la decisión autónoma es cada vez menor y que los políticos se limitan prácticamente a la gestión de las necesidades de la economía global. Y sin embargo, «Europa», «el mundo» aún nos parecen entidades demasiado abstractas, no podemos aferrarlas bien con el cuerpo y el pensamiento. En ese dilema nos debatimos. El lema de la convocatoria global del 15 de octubre es «United for Global Change». ¿Podría ser el comienzo de una revolución global de personas?